



# IPARRAGUIRRE.



## **DISCURSO**

**DEL SR. D. ANTONIO PEÑA Y GOÑI,**

**LEIDO POR SU AUTOR EN EL SOLEMNE ACTO DE LA INAUGURACION DE LA  
ESTATUA DE IPARRAGUIRRE, EL 28 DE SETIEMBRE DE 1890.**

---

Hermoso día el de hoy para las Provincias Bascongadas!  
Veinticuatro horas robadas á las agitaciones, á las luchas, á las miserias de la vida, que rebajan la mente y envenenan el corazón, para consagrarlas al recuerdo, al amor, al culto del arte, que elevan el espíritu y purifican el alma!

Aun dando de mano importancia excepcional, por ahora, á la que este acontecimiento encierra desde el punto de vista artístico y regional, bastaría la circunstancia de hallarnos aquí reunidos en fraternal comunión de ideas, palpitando nuestros corazones al mismo ideal del sentimiento, para ensalzar un acto que de tal modo une á los desunidos de la tierra, y les lleva á celebrar, conmovidos y entusiastas, el triunfo de un génio del país.

No creais que exagero al elevar á tales alturas á José María Iparraguirre. Si por génio se entiende al hombre superior á la generalidad de los demás por sus facultades intelectuales; si por génio se entien-

de la fuerza innata que crea, dirige y organiza, llegando á impulsos del talento á lo ideal en artes, en ese caso sería absurdo colocar á Iparraguirre en tan privilegiado lugar.

Pero si la virtualidad del génio reside en la inspiracion que se desarrolla por un instinto especial, por una gracia divina; si la virtualidad del génio reside en la exquisita percepcion de la forma, en la sensibilidad del espíritu, en una maravillosa disposicion natural que realiza por encanto los mayores prodigios y descubre sin aparente esfuerzo tesoros de belleza artística, en ese caso yo me atrevo á afirmar resueltamente que la inauguracion de la estatua de Iparraguirre representa hermoso testimonio de admiracion y cariño que rendimos todos á un génio inmortal.

Y lo grande, lo extraordinario es que, para hacerse digno de tan elevado titulo, ha bastado á José Maria Iparraguirre una obra, una tan sola, que quedará como monumento impercedero de su fama y transmitirá su nombre, envuelto en glorioso nimbo, á las generaciones venideras: *Guernikako arbola*.

Bien sabe Dios que quisiera ser el llamado á relatar la historia del poeta y del músico; pero tengo forzosamente que renunciar á esa tarea, y temo suceda lo mismo á quien se atreva á emprenderla mañana.

La historia de Iparraguirre! ¿Quien la sabe? ¿Quién es capaz de contarla? ¿Hay álguien capaz de escribir la biografía de un pájaro? ¿Hay álguien capaz de seguir las evoluciones del ave, en los torbellinos de un vuelo desquiciado; de señalar las ramas donde se posó, los arroyos donde apagó su sed, los aleros bajo los cuales se cobijó en dias de tormenta, las distancias que recorrió empujada por la brisa ó contrariada por el vendaval, los nidos que visitó, los cánticos de alegría que lanzó al aire perdida en las alturas del espacio, ébria de libertad y de sol, y los quejidos de amargura exhalados en tenebrosa noche, mudo el pico y arrastrando el ala, vencida por la vejez precursora de la muerte?

Tal fué Iparraguirre, ave audaz, desordenada, medio loca, que salió del nido materno á los 13 años y emprendió su vuelo fantástico á través de la vida, despreocupado de todo, ignorándolo todo, con el culto á la patria por escudo, abrazado á una guitarra como amante inseparable, artista sin freno, aventurero colosal, que cantó ante el mundo entero y tuvo el mundo por escenario.

No me ciega la pasión al expresarme de tal manera. Si el público de Iparraguirre no fué siempre brillante; si su nombre no dejó huellas en las diversas naciones de Europa que atravesó rápidamente el músico poeta; si el reclamo lo despreció, fué porque la naturaleza del artista, naturaleza burda, ordinaria, primitiva como pocas, pero independiente y honrada quizá como ninguna, era refractaria á los oropes de la vanidad.

Cantaba por cantar, y cantaba para comer. Mendigo del arte, por dióseaba con grandeza, y ni había en su pedir la porfía obstinada del pobre de profesión, ni la miserable humildad del vergonzante desdichado.

De vez en cuando la grandeza del alma despreciaba el propio infortunio y acudía presurosa al alivio del infortunio de los demás.

Hallábase Iparraguirre en Lóndres, sin recursos, viviendo á salto de mata, cuando vagando una noche por las calles de la gran capital, llamóle la atención una voz que salía quejumbrosa, plañidera, de un café cantante.

Entró en el establecimiento, y divisó entre la humareda de las pipas y la atmósfera cargada del café, á un infeliz que rasgueaba una guitarra y cantaba cruelmente, en reducido escenario.

Las desgarradoras voces del infortunado llegaban á duras penas al público, que no paraba mientes en aquella música lamentable.

Terminado el acto, hizo el cantante su colecta, y tan menguada fué, que al retirarse el pobre músico, inundó el llanto sus ojos y quedaron bañadas en lágrimas las pocas monedas de cobre que entregara la compasión.

Iparraguirre, que había seguido paso á paso la escena, levantóse de su asiento, y abriéndose lugar entre los apiñados concurrentes, subió al escenario, empuñó la guitarra, sacudió, como un león, su melena admirable, irguióse delante del público, y fijando en éste sus ojos de águila, reclamó el silencio con imperiosa señal.

A la vista de aquel hombre extraño, robusto, fornido, de atléticas espaldas, duro entrecejo, frente ancha y deprimida, nariz aguileña, lengua y sedosa barba, y abundante y hermosísima cabellera que caía sobre los hombros en rizos de una coquetería y de una elegancia femeninas, encuadrando la cabeza con fiereza y majestad dignas del Moisés de Miguel Angel; á la vista de aquel sérr fantástico, cuya mirada fascinaba é imponía, con durezas de bravucon y dulzura de após-

tol, hubo en la muchedumbre un movimiento de admiración, seguido de religioso silencio.

Iparraguirre cantó; cantó con voz estentórea, con fuego y pasión irresistibles, *El árbol de Guernica*.

Y aquella música majestuosa, aquella melodía llena de penetrante unción, cantada en extraño idioma, incomprensible para todos, cayó como una ola sobre la asombrada concurrencia, que se levantó electrizada, y prorrumpió en aplausos y aclamaciones.

Después del *Guernikako arbola*, cantó Iparraguirre otro zortziko, y otro después, y después otro; y, enardecido por los vítores, agotó su repertorio, en un ambiente caldeado por entusiasmos frenéticos; hirvió su alma al contacto de aquella reciprocidad popular; y, convertidos en bascongados los ingleses, vaciaron sus bolsillos en la boina del poeta.

Iparraguirre se dirigió entonces al escenario donde el pobre cantante había permanecido lleno de asombro al contemplar aquella aparición.

Y vertiendo el contenido de la boina en el sucio sombrero del inglés, saludó Iparraguirre al público, y desapareció. El inglés llevaba en su sombrero, pan para sus hijos, hogar para toda la familia.

El bascongado erró quizá aquella noche por las calles de Londres, durmió al raso y se murió de hambre.

Este rasgo del carácter de Iparraguirre, rasgo que he recogido por ahí, al azar, como hay que recoger cuanto se refiere á su vida, revela la belleza de un alma indómita, sí, desordenada y fuera de toda regla de equilibrio y de orden, pero grande siempre, grande hasta en sus constantes extravíos.

Quien como Iparraguirre recorrió el mundo con una guitarra, enseña viviente del lema de Lutero, que preconizaba el amor al vino, al canto y á las mujeres, sin noción de sentido moral, no podía someterse á las leyes por que se rigen los seres que tienen un hogar, una familia, principios que respetar, enseñanzas que propagar, necesidades á que atender.

Y no podía hacerlo aquel que debería pasar á la posteridad con el título de «El Gran Arlote», como decimos gráficamente en bascuence, y se llamaba á sí mismo el famoso poeta.

*Gran arlote*, en efecto, dechado de despreocupación, de abandono, de indolencia, de dejadez, que bebía, cantaba y amaba, sin dar importancia al acto y mucho menos á sus consecuencias.

Si es verdad, como el adagio popular lo afirma, que este mundo es un fandango, y el que no lo baila un tonto, puede asegurarse que Iparraguirre se lanzó desenfrenado al baile de la vida, hasta que, torpes las piernas y anquilosadas por la vejez, harto de placeres continuos, tuvo que dar fondo en su villa natal y apagarse allí, en reducidísima estancia, rodeado de modesto ajuar, compuesto de un catre, un baul y una guitarra.

De ahí arrancan todas las incoherencias, las fantasmagorias todas de su existencia de aventurero, que comenzó con la célebre escapatoria al campo de los carlistas, durante la primera guerra civil.

Tenía entonces Iparraguirre diez ó doce años, y acudía puntualmente á la escuela municipal de Villarreal de Urrechu.

Salió de su casa un día á la hora acostumbrada, diciendo á su madre:

—Hasta luego; voy á la escuela.

Y marchóse al campo carlista, donde ingresó como alabardero de Cárlos V.

Terminada la guerra, fué á París, y hay quien afirma que, enamorado de una cantante francesa, y enamorada ésta á su vez de las admirables facultades vocales de Iparraguirre, aprendió de ella la poca música que sabia el bardo, y se dió á conocer como cantante, llamando su voz de barítono extraordinariamente la atención.

Por testimonio de persona formal se sabe que Iparraguirre dió un concierto en San Juan de Luz, demostrando tal flexibilidad en su órgano y facilidad de vocalización tan portentosa, que ejecutó con la holgura y la maestría de una triple ligera, el *Iru damacho* con variaciones.

Y no debe haber exageración en este juicio, si se considera que Iparraguirre se lanzó entonces á sus correrías artísticas en compañía de la guitarra, y recorrió Europa dando conciertos.

Cuando regresó á la patria y llegó á Bilbao, pobre el bolsillo como cuando se fué, y triste el alma tras prolongada ausencia, atacóle inmensa nostalgia filial, hizo presa en él deseo ardiente, vehementísimo, de abrazar á su madre.

No la habia visto hacia doce años, desde que se despidió de ella para asistir á la escuela de Villarreal.

Dió un concierto en Bilbao, y con sus productos encaminóse á Madrid, donde la anciana residía.

La madre de Iparraguirre vivía en la corte, en mísera buhardilla, mantenida por la caridad. Almas piadosas mandábanla restos de comidas y limosnas en efectivo, con las cuales pagaba el alquiler de aquel lugar insalubre.

Y aquella mujer necesitada y pobre, que vegetaba al amparo de las dádivas ajenas, recogía todavía en su desmantelada buhardilla á los bascongados sin pan ni lecho, y compartía con ellos los menguado restos que mandaba la caridad.

Averiguó Iparraguirre el paradero de su madre, subió jadeante la escaleras, paróse en la puerta y llamó.

Giró la puerta, apareció en su dintel la propia madre del bardo, fijó en ella Iparraguirre sus ojos amantísimos, abrió los brazos para estrechar en ellos á la anciana; pero una mirada severa, terrible, inexorable de ésta, le detuvo.

Al ver á su hijo, despues de una separacion de doce años, la madre le contempló breves instantes. Y sin que un músculo de su fisonomía se moviese, grave, inflexible, feroz, cruzó los brazos, y mirando de hito en hito al vagabundo, exclamó:

—*Joñe Mari! Au alda eskolatik etortzeko orduba?* (José María, ¿es hora esta de venir de la escuela?)

Palabras dignas de una espartana y que revelan un alma templada en la salvaje moralidad de los antiguos euskaros.

Al escuchar aquella pregunta, Iparraguirre bajó los ojos, asustado ante la inesperada acusacion. Cuando los levantó, preñados de lágrimas, como niño arrepentido que implora perdon, vió los brazos de su madre, grandes, abiertos, que lo llamaban á su seno, y arrojóse en ellos, y los dos pechos se soldaron, y el ambiente de la mísera buhardilla se purificó con el llanto del amor!.....

Llego ahora á la parte más importante, á la hora suprema de la vida de Iparraguirre, al solemne momento que representa para el gran aventurero la inmortalidad.

Cuando resonaron, en fecha que no recuerdo, en las Córtes españolas, aquellos vehementes discursos de Sanchez Silva contra los fueros bascongados, discursos que azotaron el rostro de Euskaria con las violencias de una diatriba encarnizada y feroz, contestaron en Castilla las indignadas voces de Aldamar y de D. Pedro Egaña con admirables discursos, de que apenas queda hoy memoria.

Iparraguirre, en Guipúzcoa, se levantó y contestó á su vez; con-

testó con voz de gigante, acumuló todas las fuerzas de su espíritu, todas las energías de su alma, y lanzó con la potencia de sus pulmones de titán, una protesta grandiosa, grito de amor incomparable que repitieron las montañas, se extendió de valle en valle, de colina en colina, salvando precipicios y torrentes, y quedó impreso como escudo invulnerable en el corazón de todos los bascongados: el *Guernikako arbola*.

Donde la política sucumbió, venció el poeta; y la elocuencia del patricio, la sabiduría del sér culto, las disertaciones galanas, la elegante locucion del orador diestro en las lides parlamentarias, tuvieron que ceder el paso á la abrupta inspiracion del ciudadano oscuro, al canto prodigioso del montañés.

La inmortalidad de Iparraguirre está ahí, en *El árbol de Guernica*, himno de pasion intensa, melodía de adoracion, gemido grandilocuente de humildad y de esperanza, en cuya sencillez primitiva parece reflejarse el temperamento de un pueblo entero, y cuyos acentos piden al amor, que une y fortifica, lo que no puede alcanzar el odio, que divide y exaspera.

El canto inmortal de Iparraguirre tiene eso de grande: no es el canto de la ira, es el canto del consuelo; no es la convulsion de la rabia, no es, para decirlo en términos vulgares, el derecho del pataleo.

No; *El árbol de Guernica* representa algo que vuela por encima de las pasiones humanas.

Cuando la inspiracion rozó con sus alas de oro la mente del poeta, infiltró en ella el sentimiento casto, puro, inmaculado del amor.

Y á sus impulsos surgió súbitamente el himno genial, mensajero de cariño, llamamiento generoso, aviso fraternal, sublime plegaria al leño augusto que recuerda nuestras leyendas, que guarda nuestro secreto, y á cuyos piés yace enterrado el cadáver de nuestra libertad.

Se ha dicho que *El árbol de Guernica* es nuestra *Marsellesa*. No, no es cierto.

Entre el canto iracundo de Rouget y el pausado himno de Iparraguirre media un abismo.

Escuchad al primero:

*Aux armes, citoyens! Formez vos bataillons!  
Qu' un sang impur abreuve nos sillons!*

Oid al segundo:

*Eman ta zabaltzazu  
munduan frutuba!  
adoratzen zaitugu  
arbola santuba!*

(Esparce tus frutos por la tierra! Nosotros te adoramos, oh árbol santo!)

Las exclamaciones de Rouget del' Isle son el rugido de la venganza, el toque de somaten que inclina á la guerra y pide el exterminio.

La invocacion de Iparraguirre es una tierna metáfora, el *Angelus* bascongado, que llama á la concordia y reclama la paz.

Donde el uno grita: Arriba! y á matar!, el otro implora: de rodillas! y á orar!

Rouget peleaba contra el extranjero, contra el usurpador; Iparraguirre se dirigía á su propio hogar, á sus amigos, á sus hermanos.

De ahí viene, seguramente, ese matiz importantísimo que separa á la *Marsellesa* del *Guernikako arbola*, matiz honroso para el bascongado, timbre de gloria para Iparraguirre, cuya grandeza de alma, cuyo admirable patriotismo, aparecen consoladores y fuertes en su himno inmortal.

Ya lo he dicho ántes, y lo repito ahora; la inmortalidad para Iparraguirre está en *El árbol de Guernica*.

Registrad su obra, obra de poeta y de músico. Encontrareis en ella, pequeña como lo es y no exenta de lunares, una joya de ternura filial: el zortziko *Adios, nere biotzeko, amacho maitia!* (Adios, madrequita de mi alma!), adorable inspiracion que tiene el perfume de un sentimiento infantil; y el canto *Zibillak esan naute biziro egoki*. (Los guardias civiles me han dicho con buenos modos), lamento humilde y resignado del preso que busca en el recuerdo de su madre consuelo á la afliccion, pensando en las lágrimas de la anciana y enjugando con ellas su propio llanto.

Pero con ser estas composiciones dos perlas del génio de Iparraguirre, no tienen, no pueden tener la significacion de *El árbol de Guernica*.

En aquellas palpita solo el corazon del poeta; en ésta uniéronse el poeta, el patriota y el músico para hacer latir unánimes los corazones de todos los bascongados.

Dos grandes amores iluminaron siempre la agitada existencia del bardo: el amor á su madre y el amor á la patria, y bastaria tan solo



el himno imperecedero que nos ha legado, para redimirle de sus constantes extravíos, para idealizar su figura, y señalarnos el camino de amor que habrá de consolidar nuestros afectos y animarnos y fortalecernos para lo porvenir.

Iparraguirre nace hoy para la posteridad. El Ayuntamiento de Villarreal de Urrechu le ha erigido una estatua que acabamos de descubrir solemnemente.

Gracias sean dadas á esta pobre cuanto modesta corporacion municipal que tan alto ha subido al honrar el génio del poeta, y á la cual todos los hijos de Euskaria deben tributo eterno de gratitud y estimacion.

Las dádivas de amigos y admiradores han labrado á Iparraguirre el pedestal de su gloria.

Bien hayan esos amigos! bien hayan esos admiradores!

Su obra es grande, es bella y es útil; grande, porque eleva al pequeño; bella, porque enaltece al país al perpetuar la memoria de uno de sus hijos, y útil, porque queda como luminoso faro de amor para futuras contingencias.

Fijad los ojos en esa estatua. No es el guerrero, no es el conquistador, no empuña su diestra ninguna arma homicida; no es el sabio, no vereis en torno suyo ningun instrumento de la ciencia; no es el artista de fama mundial, ídolo de públicos, ébrio de aplausos, rico y poderoso quizá; no busqueis en su frente el laurel, ni á sus piés la lira.

Es el pobre hijo del pueblo, el campesino humilde, el desheredado, el pária. Calzado con toscas abarcas, vestido con el ordinario calzon, la faja de estambre y la camisa de lino del montañés, sostiene una azada su diestra mano y lleva en su izquierda la guitarra. *Omnia mea mecum porto!*

Despues de sus peregrinaciones por el mundo; despues de su odisea errante, erizada de aventuras; despues de una vida de despreocupaciones, abandonos é inmoralidades; incoherente y confusa, extraña, desquiciada y simpática á la vez, mezcla informe de extravíos odiosos y de sublimes abnegaciones, Iparraguirre descansa al fin.

Su valle natal le ha recogido; sus amigos le han colocado en medio de las fragosidades del monte que robustecieron sus pulmones y le enviaron quizá el poder de la inspiracion.

Aquí está bien; está en nuestra casa y entre nosotros. Si somos pocos, si somos los ménos, será por eso mayor nuestro cariño, y

concentraremos en su hermosa y característica figura el amor á nuestra patria, á nuestras costumbres, á nuestro pueblo, á las tradiciones y á los recuerdos de nuestra raza.

En el eterno vaiven de las cosas humanas, en el continuo tejer y destejer de la política, hoy caerá lo que se levantó ayer, y mañana surgirá lo que destruyó el pasado.

Lo falso y convencional dejará, como siempre, paso deleznable y efímero, y el tiempo reducirá quizá á cenizas monumentos soberbios erigidos á la mentira y á la vanidad.

Pero Iparraguirre queda para siempre; queda, porque es la verdad, el verbo del pueblo euskaro; queda, porque ha encarnado en *El árbol de Guernica* la santidad de nuestro duelo, la esencia de nuestras aspiraciones, la sustancia de nuestro sér.

El himno que encierra la savia de un pueblo se oirá mientras ese pueblo exista; se trasmitirá de generacion en generacion, como un legado del alma; predicará, con él, sueño ideal de paz y concordia universales, y quedará perdurable aureola, ciñendo la frente de Iparraguirre, con todos nuestros amores, con todas nuestras esperanzas.

Iparraguirre es esperanza y amor. Amemos y esperemos. Nuestra cruz de Constantino está en el *Guernikako arbola*. *In hoc hymno vinces!*

De este modo, extrayendo del recuerdo del poeta la fuerza necesaria para esperar y amar, nos haremos dignos de la obra que nos ha dejado; honraremos su memoria; propagaremos su evangelio, y conseguiremos ¿quién sabe? que la inmortalidad de Iparraguirre sea preludio de nuestra futura redencion!



**Clasificación de las mismas por idiomas.**

---

En castellano	1009
En bascuence	6
En francés	92
En latín	4
En griego	2
En italiano	3
En inglés	2
En alemán	4
Total general	1122

---

La Biblioteca pública municipal, situada en la planta baja del Instituto, se halla abierta al público todos los días no festivos, de 10 á 12 por la mañana, y de 4 á 8 por la tarde.

---

## **RECTIFICACION.**



En el discurso del Sr. Peña y Goñi, publicado en el número anterior, pág. 257, párr. 2.º, donde dice «Aun dando de mano importancia excepcional, por ahora, á la que este acontecimiento encierra» debe decir «Aun dando de mano, por ahora, á la excepcional importancia que este acontecimiento encierra».

Y tambien en dicho párrafo, donde dice al «mismo ideal» debe decir al «unísono ideal».

